

Vamos a la sorpresa cotidiana  
 como íbamos de niños al balcón  
 la mañana de Reyes,  
 después a las esquinas o a las rejas,  
 hoy al tibio herbolario del soñar.  
 Recogemos su don, caliente, maloliente  
 o azul con vetas claras;  
 ternísimo, desnudo  
 o arropado con líquenes;  
 viscoso, con escamas,  
 podrido, repodrido,  
 angélico, callado,  
 clamante o frío... En cada  
 esquina de nuestra alma está apostado.  
 Huérfano a veces y temblón: esquivo  
 como liebre de sal o daga de aire;  
 quebradizo, crugiente pan de un horno  
 que Dios o el Diablo cuidan y encandilan;  
 atracante, voraz...

¡Dáme la aurora  
 del día mío fuera del cerrado  
 donde el tiempo se viste y se desnuda  
 como artista o serpiente!  
 Dáme tú, proveedor de escalas aéreas  
 y de hoscos sumideros misteriosos,  
 la diaria ración que necesito  
 para gritar, mirando frente a frente,  
 a esa pupila negra, inquisidora,  
 a esas manos destrísimas que saben  
 despegar la cordial calcomanía  
 que anima nuestra tierra  
 y separar las vidas que juntamos  
 con íntimos sudores y deseos.  
 Yo no sabré jamás si tu burbuja  
 tira hacia arriba o lastra la extendida  
 mano que tiendo mendicante, pero  
 sé que soy, que sería la cometa  
 perdida, el perro ciego,  
 la mañana sin luz, el cheque en blanco,  
 sin el racimo de tu azar o celo,  
 sin tu don, que me escupes o regalas,  
 sin la llaga que entreabres en la tersa,  
 la repugnante y virginal tersura  
 que tú, desconocido generoso,  
 arrojas desdeñoso o diligente,  
 sobre esta espera de vilanos, esta  
 mudez, ceguera, soledad u olvido  
 de vidrio entre rastroja  
 que sabe puede destellar si le echas  
 a su lengua de perro, la piltrafa  
 de tu eternal saber.

Federico MUELAS.